

vista del francés en Cambray. Retiróse entonces el de Francia, siempre incendiando y talando, hasta ponerse sobre Renti. Allí le siguió hasta darle vista el ejército imperial, y allá se hizo conducir el mismo emperador, no obstante hallarse tan aquejado de la gota que á duras penas y con gran trabajo podia sufrir el movimiento de la litera. Por orden del emperador tomaron posesion cinco banderas alemanas y cinco españolas en un montecillo, cuya posesion costó vivos ataques, y fué empeñando poco á poco una accion casi general. En ella se condujeron bizarramente, por parte de los franceses el duque de Guisa, que correspondió en el campo de Renti á la fama que habia ganado en el sitio de Metz, por la de los imperiales el capitán español Alfonso de Navarrete, defendiéndose con valentía y manteniendo el orden con sus arcabuceros. Portáronse flojamente, de los franceses el condestable Montmorency, que si hubiera ayudado al de Guisa hubiera podido hacer completa la derrota de los enemigos; de los imperiales, el conde de Nassau, que si hubiera peleado con su infantería y entretenido al menos la caballería francesa hasta que llegára la imperial, se hubiera podido acabar aquel día con los franceses.

El resultado de la batalla fué perderse de ambas partes cerca de tres mil hombres, lo mas de la legion del de Nassau, que pagó bien su flojedad (13 de agosto, 1554). Mas aunque fué mayor la pérdida de

los imperiales, permaneció el emperador en el campo de batalla, y los franceses fueron los que se retiraron por falta de provisiones, haciéndolo en un orden admirable, pero no parando hasta Compiègne. Allí licenció el rey los suizos y los alemanes, dejando por gobernador y general de la Picardía al duque de Vendôme (fin de agosto, 1554). El emperador se volvió á Bruselas á entregarse al cuidado de su quebrantadísima salud. Filiberto de Saboya, que quedó con el mando del ejército, siguió en pos de los franceses rescatando varias de las poblaciones que aquellos tomarán antes, y ejecutando en otras los mismos ó mayores estragos que ellos. El humo que salia de los lugares que iba abrasando, ocultaba en medio del día el sol, y á gran distancia no parecia sino noche oscura. En cuantas comarcas corrió el de Saboya hasta Cambray, apenas quedó lugar ni aldea que no abrasára. «Esta manera de guerra de los unos y los otros, dice un sensato escritor español, ciertó que era mas inhumanidad que valentía, pues hacian tantos males á los pobres inocentes que no habian dado causa para ello: siempre han de pagar los súbditos los enojos de sus reyes (1).»

Como fuese ya mediado diciembre cuando el de Saboya llegó á Cambray, y el tiempo no permitiese ya andar en campaña, despidió la caballería y los re-

(1) Sandoval, lib. XXXI., párrafos 55.—Heræus, Anales de los principes de Brabante.—Paradin, Vida de Enrique II. de Francia.

gimientos alemanes, poniendo á los flamencos en las guarniciones, y á esto se limitó también el de Vendôme con su gente.

Las guerras de Italia no iban tan favorablemente para Carlos V. En Toscana duraba la revolución de Siena, de que hicimos antes mencion. En el Piamonte, habiendo sido llamado por el emperador el virrey Gonzaga, por quejas que de él le habían dado, el español Gómez Suarez de Figuera, embajador en Génova, que quedó de general de aquel ejército, y el veterano don Alvaro de Sande, se veían en continuos aprietos y con frecuencia cercados y hostigados por el entendido general francés Brissac. Determinó pues el emperador enviar allí un gefe de su entera satisfacción y confianza: que aunque ya su hijo Felipe era rey de Nápoles y duque de Milan, siempre Carlos V. continuó gobernando aquellos reinos y nombrando por sus los capitanes. El escogido fué don Fernando de Toledo, duque de Alba, que se había sabido grangear también la confianza del príncipe-rey, y gozaba con él de mucho valimiento por cierta conformidad de caracteres que entre ellos había. Se nombró pues al duque de Alba generalísimo de los ejércitos imperiales y españoles, se le vistió de amplísimos y casi ilimitados poderes, y se le dió dinero en gran cantidad, armas, caballos, artillería y municiones en abundancia. Con esto partió á Flandes y llegó á largas jornadas á Milan el 13 de junio (1555).

Con gran fama y reputacion de entendido y temible general entró el duque de Alba en Italia, y no era menor su presuncion, puesto que se jactaba de que en pocas semanas había de arrojar á los franceses del Piamonte. El mismo general francés Brissac envió á pedir al rey Enrique auxilios y refuerzos de gente para ver si podía quebrantar el primer ímpetu del de Alba, conociendo cuán importante era hacerle caer de aquella alta opinion en que se le tenía. El monarca francés, aunque este año (1555) habían vuelto á emprenderse las operaciones de la guerra en los Países Bajos y la Picardía, viendo que se reducían á correr y talar alternativamente los campos y lugares que cada cual podía y á disputarse tal cual fortaleza y castillo (1), sacó de allí gente para enviarla á Italia con el duque de Aumale, y con esto juntó Brissac un ejército bastante respetable. Largo tiempo fuera de nuestro propósito sería detenernos á referir los variados lances de esta guerra y los mútuos descalabros de imperiales y franceses. Baste decir que no sacó el de Alba el fruto que el emperador se prometía, y que era de esperar de la gran reputacion con que en Italia había entrado. Manejóse por el contrario Brissac con tal inteligencia y destreza, que no solamente conser-

(1) Allí murió, en Charlemont, el distinguido general flamenco Martin Van Rossen. Dijose que le habían envenenado en una paloma cocida, de que él gustaba mucho, por envidia del favor que gozaba con el emperador. Sucedióle Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que levantó un castillo con el nombre de Philippeville, en gracia del príncipe don Felipe.

vó los territorios y lugares de que antes se apoderára, sino que añadió algunas nuevas conquistas en el Piamonte, hasta que tuvo el de Alba que retirarse á cuarteles de invierno, principalmente por falta de recursos con que pagar la gente de guerra, así la que obraba activamente como la de los presidios, que con harta trabajo percibía de tiempo en tiempo alguna paga (1).

A punto estuvo el emperador de adelantar por medio de una conspiracion en su favor mas que por las lánguidas campañas de Flandes y del Piamonte, faltando poco para que le fuera entregada la ciudad de Metz, la mas importante conquista que habian hecho los franceses. El autor de la conspiracion era el guardián del convento de San Francisco de aquella ciudad, llamado fray Leonardo. Este hombre concibió el proyecto de entregar la ciudad á Carlos V., acaso porque creyera que le habian de remunerar mejor que los franceses. La confianza ilimitada de que gozaba con el de Guisa le ponía en aptitud de obrar con el desembarazo y seguridad de quien sabe que no inspira recelos.

El plan del padre Leonardo era ir introduciendo en el convento cierto número de soldados escogidos del emperador vestidos de frailes. Cuando hubiera ya los que él calculaba suficientes, se acercaría

(1) Guichenon, Hist. Genealó- tom. I.—Sandoval, lib. XXXII, gique de la maison de Savoie, pár. 7 á 28.

una noche el gobernador imperial de Thionville con buena hueste en ademan de escalar los muros, y cuando los soldados de la guarnicion acudieran á rechazarlos, los frailes pegarian fuego á la ciudad por diferentes partes. En el aturdimiento y confusion que esto produciría, saldrían del convento los supuestos religiosos, y acometerían por la espalda á los defensores de la poblacion y facilitarían la entrada á los imperiales. El premio de la conjuracion seria la mitra de Metz para el padre Leonardo, y una recompensa correspondiente á los demás de la comunidad. Por desgracia suya, y por uno de esos incidentes que en tales casos suelen ocurrir, tuvo aviso el gobernador Villevielle de que se tramaba algo en el convento de los franciscanos; se personó allá con el mayor sigilo; descubrió los soldados ocultos, prendió al guardián y á los frailes, y les hizo declarar el plan de la conjuracion.

Era precisamente el dia en que éste habia de ejecutarse, y no contento el gobernador con haberle frustrado y deshecho, preparó una emboscada para sorprender á los imperiales que habian de venir de Thionville aquella noche. En efecto, marchaban aquellos confiadamente cuando se vieron bruscamente atacados por los de la celada, y casi todos fueron ó muertos ó prisioneros. Vuelto el gobernador á Metz, mandó que se formara proceso á los conspiradores, y probado y confesado el delito, fueron sentenciados á

muerte el guardian y veinte frailes mas. Puestos todos en una sala de la cárcel la víspera de llevarlos al suplicio para que se confesáran unos á otros, comenzaron los mas jóvenes á inculpar con acritud al guardian y á los mas ancianos de haberlos traído con sus seducciones al trance fatal en que se veían; de unas en otras palabras se fueron acalorando, y pasando de las quejas á las vias de hecho, acabaron por asesinar al guardian y maltratar duramente á los otros. Al día siguiente fueron todos conducidos al patíbulo, llevando en un carro el cadáver del padre guardian. Parece que los seis mas jóvenes fueron indultados. Tal y tan triste remate tuvo la conspiracion de los franciscanos de Metz ⁽¹⁾.

Las guerras entre Carlos V. y Enrique II. en Flandes, en Francia y en Lombardía habian sido causa de que se celebrase la dieta imperial en que, segun el tratado de Passau de 1552, debian resolverse definitivamente las cuestiones religiosas de Alemania. Al fin se tuvo este año (1555) en Augsburgo, y á causa de los males que trabajaban y tenian casi impedido al emperador, la presidió su hermano Fernando rey de Romanos. Espuso en ella Fernando el gran deseo que al César y á él animaba de poner término á las disensiones religiosas que tanto habian agitado el imperio. Ponderó lo que el emperador su

(1) Cuenta Robertson este suceso, refiriéndose á unas Memorias del mariscal Villevielle.

hermano habia trabajado por la celebracion del concilio general, manifestó las dificultades que entonces habia para que éste volviera á reunirse, é indicó su esperanza de que obrando la dieta con sencillez, y discutiéndose los puntos de la doctrina religiosa entre varones doctos y moderados de uno y otro partido, se podria venir, si no á una completa unidad de sentimientos, por lo menos á una mútua y provechosa tolerancia.

Nacia esta tolerancia de Fernando para con los protestantes de dos principales causas. Era la una, que los necesitaba, como en otra ocasion que hemos visto, para que le ayudaran á defender la Hungría contra los turcos. La otra, y no menos principal, era, que sabiendo el empeño que Carlos V. su hermano tenia en transmitir el trono imperial á su hijo Felipe y, estando él resuelto á no ceder un ápice de sus pretensiones á la sucesion del imperio, conveníale mucho no disgustar, y si atraerse la voluntad de los príncipes electores, muchos de los cuales eran luteranos.

Con este propósito procuró dar y dió tan hábil giro á las discusiones de la asamblea, que despues de cruzarse varias pretensiones de católicos y reformistas en opuesto sentido, consiguió que todos llegáran á convenir en una conciliacion fundada en las bases siguientes: que los protestantes pudieran profesar y ejercer libremente la doctrina y culto de la confesion de Augsburgo, sin ser inquietados por nadie, y que

al mismo tiempo los católicos, no serian tampoco turbados en la profesion y ejercicio de sus dogmas y ceremonias: que las disputas religiosas que en lo sucesivo pudieran ocurrir se habrian de resolver por el solo y pacífico medio de las conferencias. Tal fué el famoso decreto de la dieta de Augsburgo de 1555, y tal el desenlace que al cabo de tantos años de sangrientas guerras y turbaciones se dió á las célebres disputas religiosas de Alemania, con tanta ventaja de los protestantes como daño de la unidad católica romana ⁽¹⁾.

Durante la dieta murió el papa Julio III. (23 de marzo, 1555). Sucedióle en la silla pontificia el cardenal Marcelo Cervino, que como Adriano VI., á quien se asemejaba en las virtudes, conservó en el pontificado su antiguo nombre, y se llamó Marcelo II. Enemigo del nepotismo, prohibió á sus sobrinos hasta presentarse en Roma. Animábanle los mas puros y santos deseos en favor de la cristiandad, y se esperaban de él grandes cosas, pero la muerte, que le arrebató á los veinte y dos dias de su elevacion, privó á la Iglesia de las esperanzas que fundaba en sus virtudes.

Muy otro era el carácter del cardenal Juan Pedro Caraffa, que sucedió á Marcelo en la Santa Sede (23

(1) Sleidan, Maimbourg, Sekendorff, y demas historiadores de la Reforma.—Pallavic. y Sandpval, Robertson y demas historiadores de Carlos V.

de mayo, 1555) con el nombre de Paulo IV. Fundador del orden de teatinos, á cuya comunidad se habia asociado, mostrando siempre mas aficion á la pobreza, al recogimiento y á la austeridad monástica que á las altas dignidades, mudó enteramente de costumbres desde el momento de su exaltacion á la cátedra de San Pedro, á pesar de los ochenta años que ya contaba. Habiéndole preguntado su mayordomo como queria que se le tratara en su nuevo estado, respondió: «*Con magnificencia, como conviene á principes.*» Por tanto, la coronacion del antiguo teatino fué la mas suntuosa que se habia visto hasta entonces; y su ostentacion y liberalidad, por lo mismo que eran inesperadas, halagaron tanto al pueblo romano, amante del boato y de la pompa, que levantaron una estatua de mármol, y crearon para la guardia de su persona un lucido escuadrón de ciento veinte caballeros. Al revés de su antecesor Marcelo, manifestó tanta aficion al nepotismo, que en su primera promocion no creó sino un solo cardenal, que fué su sobrino Carlos Carafa, cuyas costumbres no eran ciertamente las mas adecuadas al estado eclesiástico, y al otro hijo de su hermano le nombró gobernador de Roma. Y el que hasta entonces habia parecido tan humilde y templado, desplegó á la edad octogenaria un genio tan receloso y suspicáz y una condicion tan fuerte y recia, que admiró á todos ⁽¹⁾.

(1) Castaldo, Vida de Paulo IV.—Artaud de Montor, Vidas de

Aborrecía el nuevo pontífice al emperador Carlos V., por la oposicion que los cardenales del partido imperial habian hecho á su eleccion. Concitaban y alimentaban mas esta enemistad sus dos sobrinos y favoritos, por quejas que tenian del César, que no los habia tratado con la distincion que creian era debida á su nacimiento ⁽¹⁾. Valíanse de toda clase de artificios para indisponer á su tío, mas de lo que ya estaba, con el emperador, y para escitarle á que hiciera contra él alianza ofensiva y defensiva con el rey de Francia. Ya consiguieron que enviára al francés un embajador haciendo ventajosas proposiciones para unir sus fuerzas á fin de quitar á Carlos el ducado de Toscana y el reino de Nápoles, que los dos se repartían bueramente. Aconsejaba al rey Enrique el conde de Montmorency que desechára semejante confederacion, fundándose principalmente, aparte de otros inconvenientes, en los pocos años de vida que prometia ya la avanzadísima edad del papa. Pero animado en contrario sentido por el duque de Guisa y por su hermano el cardenal de Lorena, que ambos llevaban en ello un interés personal, accedió á enviar al de Lorena á Roma con amplios poderes para tratar con el pontífice. Cuando Paulo IV. comenzaba á fluctuar

los Soberanos Pontífices.—«Sacó, dice Sandoval, de aquellas cenizas de su viejo pecho unas brasas de cólera é indignacion... etc.» Lib. XXXII. pár. 2.

(1) Uno de ellos habia servido

en el ejército imperial, y se habia pasado despues á las banderas de Francia. Era amigo del general Strozzi que mandaba el ejército francés en la sublevacion de Siena.

de nuevo entre el deseo y el temor de romper abiertamente con Carlos V., llególe la nueva del decreto de la dieta de Augsburgo. La tolerancia que en él se establecia con los hereges luteranos, le hizo prorumpir en arrebatos de ira y en coléricas imprecaciones contra el emperador y contra el rey Fernando. Considerando la resolucion de la asamblea como una usurpacion escandalosa de la jurisdiccion pontificia, declaró nulas sus decisiones, amenazó al embajador imperial con los efectos de su venganza si no se revocaban, y para que el emperador no se escusára con el compromiso adquirido, le relevó, en uso de su autoridad apóstolica, de sus promesas y obligaciones, y aun le prohibió cumplirlas. Con estas disposiciones, que sus sobrinos cuidaban bien de alimentar, fácil fué al cardenal de Lorena inducirle y resolverle á firmar el tratado con Francia bajo las condiciones que ya habia propuesto su legado en París, si bien conviniendo en tener secreta la confederacion hasta que todo estuviera preparado y pronto para obrar.

Era esto tanto mas notable y extraño, cuanto que cansados ya de tantas guerras el emperador y el rey de Francia, trataban de ajustar en Cambray una tregua de cinco años, que habia de empezar á correr desde febrero de 1556 ⁽¹⁾. Este pensamiento disgustó

(1) Las bases de esta tregua eran: que cesasen en este tiempo las hostilidades en los reinos y estados de ambas coronas; que cada una de las partes retuviese lo ocupado hasta entonces; que el que faltare voluntariamente á lo pactado fuese castigado con pena

á muchos italianos, y principalmente á la familia Carraffa, y mas señaladamente todavía al pontífice Paulo IV. (1).

Los tratos entre el pontífice y el francés no estuvieron tan secretos que no lo supiese el emperador; pero procediendo en este caso con una moderacion ejemplar tanto él como su hijo Felipe, rey de Inglaterra y de Nápoles, sin perjuicio de apercibir para lo que necesario fuese al duque de Alba, al de Florencia, á Fernando de Gonzaga, á don Bernardino de Mendoza y á otros generales, acordaron los dos enviar á Roma á Garcilaso de la Vega como embajador con instrucciones públicas y privadas (dadas en Bruselas á 4 y 7 de octubre, 1555), para que viese de apartar al pontífice del mal paso en que con el de Francia se habia empeñado. En unas y otras instrucciones encarecían á Garcilaso que se hubiese con el Santo Padre con el respeto y templanza que él sabia usar; lo cual fué mejor recomendado que cumplido, puesto que la dureza del papa puso al embajador es-

de muerte; que se respetasen las tierras que de presente poseia el duque de Saboya; que no se comprendiese en la tregua ni á Alberto de Brandeburg ni á los rebeldes y foragidos napolitanos; que ningun francés pudiese pasar con mercancías á las Indias sin licencia de su magestad imperial.

(1) El obispo Sandoval se expresa con este motivo acerca del papa Paulo IV. en los duros términos siguiente: «Mucho menos

(dice) contentó esta tregua al papa Paulo IV., que con su vieja pasion ardia aquel sugeto seco, y sin poder mas fingir la santidad con que tanto tiempo habia engañado, quitando la máscara á su hipocresia, antes que este año se acabase movió la guerra y perturbó la paz en odio del emperador, moviéndose contra Marco Antonio Colona, y tratando con el rey de Francia de ganar el reino de Nápoles.» Lib. XXXII. pár. 29.

pañol en el caso sensible de decir tambien á Paulo IV. cosas harto fuertes y amargas, y con tanto valor y brio que le costó sufrir estrecha prision en el castillo de Santángelo, dejando en Roma memoria de su entereza (1).

En tal situacion un acontecimiento inesperado, grande, ruidoso, importantísimo, vino á asombrar á los príncipes y á variar la faz de los negocios políticos de Europa. Nos referimos á la célebre abdicacion que el emperador Carlos V. hizo de los estados de Flandes y Brabante (28 de octubre) en su hijo el príncipe don Felipe, y á la cesion que poco tiempo despues hizo en el mismo príncipe (16 de enero, 1556) de la corona de España y de todos los dominios de ella dependientes en el antiguo y en el nuevo mundo, dando á los dos mundos el sublime y raro ejemplo de desprenderse voluntariamente de tanta grandeza y tanto poder para cambiárla por la humilde y silenciosa vivienda de un claustro.

Mas como quiera que este gran suceso merezca ser considerado separada y detenidamente, y hayamos llegado á la época y punto que en este capítulo nos propusimos, hacemos aqui alto; porque ya es tiempo tambien de dar cuenta de lo que, ya en otras partes, ya en la España misma, habia acontecido durante este largo período que pasó el emperador allá en Alemania y en Flandes.

(1) Archivo de Simancas, Estado, Roma.—Sandoval, lib. XXXII. pár. 34.